A PROPÓSITO DE LA ETIMOLOGÍA DE *CHUMBERA* Y *CHUMBO*

Hace ya bastantes años publiqué en las páginas de esta misma Revista (XLI, 1957, 410-417) un trabajo titulado «Etimología de *chumbera* y *chumbo*». A este estudio, como a otro que salió en el volumen anterior «Sobre la etimología de *chaval*, *chavea*, *chavó*» (XL, 1956, 229-234), y algunos posteriores publicados en la misma Revista, no les di nunca un carácter de certeza absoluta e irrefutable por ser consciente entonces, como lo soy ahora, de que en este campo de las etimologías, salvo las muy numerosas que no admiten la menor duda, la verdad es siempre relativa y provisional. Díganlo si no las copiosísimas que figuran en el gran «Diccionario Crítico Etimológico de la Lengua Castellana» del maestro Corominas, en las cuales hay teorías, opiniones y pareceres para todos los gustos. Quiero decir con esto que el propósito que me ha guiado en todos estos trabajos ha sido simplemente el de cooperar y ayudar, en la medida de mis fuerzas, al esclarecimiento de los problemas que presenta el origen de algunas palabras de nuestra lengua. Al dar a luz pública el resultado de mis investigaciones sabía también que me exponía, como se expone todo escritor que dice algo nuevo, a la crítica de los demás.

La primera edición del *DCELC* no pudo hacerse eco de mis trabajos en este campo por razones obvias de carácter cronológico. Al aparecer recientemente, con el nuevo título de «Diccionario Crítico Etimológico Castellano e Hispánico», los dos primeros volúmenes de la 2.ª edición

de esta obra, en la que ahora colabora el profesor de la Universidad de Sevilla José A. Pascual, he podido advertir que en el artículo correspondiente a la voz *chumbo* se cita y critica aquel trabajo mío al principio mencionado. Y a los autores de dicho artículo tengo que replicar:

1.º Los vocablos que propuse entonces como etimología de la palabra *Chumbera* son *ṣubār*, *ṣubbār(a)*, *ṣubbayr(a)* y *ṣubbārâ*, pero nunca *ṣubbarâ* como caprichosamente se me adjudica.

2.º En cuanto a que debe negarse sin reservas el cambio del *ṣ* del árabe en *ch-* puedo decir, también sin reservas, que yo no he preferido en este punto la opinión de Eguilaz a la de Steiger, sino que me he limitado a recoger los hechos lingüísticos que expone Steiger y que éste, no yo, recoge de Eguilaz: «En el ibero-románico corresponde al *ṣ*: *c*, *ç*, *z*; al lado de esto ocurre también la prepalatal fricativa (supradental prepalatal: *ṣabón* > *šabón* [jabón] que se representa en español y catalán por *x*, *j*, en portugués por *ch*». Y añado en nota al pie de página, refiriéndose a Eguilaz: «siendo así que esa *ch-* no se refiere sino a algunos arabismos del portugués», lo cual quiere decir, y en ello me apoyaba yo, que no es tan imposible este cambio en el romance como aseguran. Además, también citaba yo a este respecto a Amado Alonso que en el *DCECH* se ha silenciado.

3.º *Ṣubbarâ* —como erróneamente transcriben, pues esta forma no existe en árabe— no es el nombre de la *zabila*, sino que, esta última voz, se deriva del árabe «*ṣabbâra*, con imela *ṣabbîra*, o de *ṣabaira*, áloe» — según se recoge en el «Diccionario de la Lengua Española» (19.ª ed., Madrid, 1970), y en el mismo Steiger en las págs. 110 y 167 de su conocida *Contribución*.

4.º Gratuitamente se dice que «la única forma que consta como usada en el árabe magrebí es *ṣabbara* y no *ṣubbara*», y añádese en seguida que «sólo aquella [es decir, *ṣabbara*] ha dejado descendencia hispánica y sólo aquella consta en fuentes fidedignas desde este punto de vista». Cuando se hacen afirmaciones de este cariz lo menos que se puede hacer, si hablamos en un tono científico, es indicar las «fuentes fidedignas» de las que se han extraído tales datos, porque ni *ṣabbara* ni *ṣubbara* figuran como tales nombres en la extensa gama morfológica y semántica a que da lugar su raíz ni en árabe clásico ni en las diversas formas de los dialectos magrebíes. Decir, por otro lado, que sólo el vocablo *ṣabbara*, usado en el árabe magrebí, ha dejado descendencia hispánica, es hablar en un lenguaje altamente ambiguo, en el que únicamente se trasluce una lamentable confusión entre los conceptos de magrebí y de hispano-árabe o andalusí.

5.º Se dice que serían anómalos tanto el paso de *bb* a *mb* como el cambio de *a* en *e*, y aquí se añade entre paréntesis («el Sr. Vázquez al hablar de iméla revela extraña ignorancia de este fenómeno que ni actúa en contacto con *r* ni se refiere para nada a una *a* breve»). Respecto al primer punto debo hacer constar que en el paso de *bb* a *mb* podría haber todas las anomalías que se quieran pero, prescindiendo de que es un fenómeno conocido en todos los dialectos del semítico¹ que, naturalmente, señalo como ilustración, pues se trata de una especialidad que no tienen por qué dominar los autores del *DCECH*, en el propio románico, que sí deben conocer, la misma voz *ṣabbāra*, que ya sabemos ha dado al esp. *zabila*, en el cal. merid. ha dado *dzambāra* (cf. Steiger, pág. 110) en la que claramente se ve que se ha producido tal diferenciación. Lo curioso del caso es que en el vol. IV del *DCELC* (cf. Indices, pág. 1094) se dice con toda claridad que *bb* ár. > *nb*, y se aducen una serie de ejemplos que lo justifican, por anómalo que el cambio se quiera juzgar ahora. Por lo que se refiere al segundo punto; desde el comienzo, la «erudita» crítica venía rezumando una notoria ignorancia de la lengua árabe y de lo que con ella se relaciona, pero al llegar al paréntesis que tan amablemente se me dedica, aquella ignorancia ha alcanzado su apogeo. Se diría, leyéndolo, que han oído campanas y no saben dónde o, en el mejor de los casos, que sólo poseen un baño muy superficial de lingüística árabe, o han tenido un mal informante. Los fonemas árabes que impiden la iméla son los llamados velares o velarizados; la *r* también, pero no siempre, como afirman, sino en determinadas circunstancias que al parecer los autores desconocen. Y aun así, y cualquiera que sea el caso, las leyes de la *imāla* no actúan siempre con absoluta rigidez y, fonológicamente, no son pocas las ocasiones en que aquellas leyes han sido vulneradas. Un buen número de ejemplos de estas infracciones se pueden hallar en las págs. 22 y 23 del estudio de Federico CORRIENTE: *A Grammatical Sketch of the Spanish Arabic dialect bundle* (Madrid, 1977), obra maestra que ha superado a la de Steiger; o, por no citar más que un trabajo, Manuel ALVAR: «La raíz árabe n-q-l 'transportar' y el andaluz añecli(n)...» (*Romanica*, Halle, 1958, págs. 5-13). En el caso concreto a que se refieren, voy a ilustrar con unos pocos ejemplos sacados de un número que pudiera ser muchísimo mayor: *al-ḥurrāqa* > (alhurreca); *ra's* > *rās* > (res); *al-mafrāš* (almofrex, almofrej, almofrez); *al-biṣāra* > *al-biṣēra* > *al-biṣīra* > (albricias); *al-mihrās* > (mihirīç) > (almirez). Y en topo-

¹ Cfr. BROCKELMANN, *Précis de Linguistique sémitique*, Trad. Marçais-Cohen, París, 1910, pág. 104.

nimia, por citar sólo cuatro casos: *al-gayrân* > *Algairén* (en la sierra de Zaragoza) y *Algarín* (arroyo de Sevilla); *qaşrâs* > (caçreç) > *Càceres*; *al-mugâra* > *Almoguera*, y el muy conocido de *Madrid*, estudiado por nuestro llorado Oliver Asín, que lo hace derivar de *maýrâ* + *ţ* > *maýrîţ*, etimología unánimemente aplaudida por romanistas y arabistas, pero que para el *DCECH* sería impropio. Lo extraño y asaz significativo es que encuentren incorrecta la iméla verificada en la voz que propongo y vean conforme con las reglas la que han tenido más a mano, es decir la misma *zabila* que Steiger, como hemos apreciado, hace derivar de *şabbâra*.

En cuanto a la *imâla* de *a* (breve) cuya existencia «extrañamente» desconocen, podrían haberla encontrado en las págs. 326-327 del repetido Steiger, y 96 y 100 del tratado de Jean CANTINEAU: *Études de Linguistique Arabe* (Paris, 1960). Obsérvese, además, lo que dice Steiger: «Con *imâla* señalan los gramáticos indígenas la inflexión de los sonidos *a*, *â* hacia *i*, *î*», y Lázaro CARRETER en su *Diccionario de términos filológicos*: «*Iméla*. Fenómeno fonético de algunos dialectos árabes antiguos y modernos, entre ellos el hispano-árabe, consistente en que *a*, sobre todo si es larga, se realiza como *e* o *i*, en determinadas condiciones», definición que no excluye la iméla de *a* breve tan categóricamente como lo hacen.

6.º No parece que los autores del *DCECH* hayan leído mi trabajo al calificar la etimología que propongo de *afro-asiática* porque, precisamente, excluyo de ella lo relativo en este caso al *afro*, es decir lo magrebí, ya que en aquellas regiones, como destaco en mi estudio, la planta y su fruto tienen otras denominaciones. Este dato entró como formando parte muy importante de mi hipótesis. Los otros fueron: 1.º, que la palabra *şubbâr(a)* —no *şubbarâ* como dicen— figura en los diccionarios del árabe clásico, y también en los del moderno, con la significación de ‘higuera de India’, ‘cactus’, ‘nopal’, ‘su fruto’ (cf. la bibliografía con que documento mi trabajo); 2.º, que siendo voz clásica, y usada en la amplia área lingüística del árabe, tuvo que ser naturalmente conocida en al-Andalus que estaba integrado en aquélla. 3.º, que en España pasaría, como tal arabismo, al castellano, y que después nosotros la llevaríamos a las Indias (la voz, quede bien entendido, no la planta, pues ésta pudo existir simultáneamente en América y en los otros lugares donde la hallamos merced a condiciones climatológicas semejantes). Para demostrar este importantísimo punto, aportaba el testimonio de Plinio, que escribió su *Historia Natural* bastantes siglos antes de que se descubriera el Nuevo Mundo: «Circa Opuntem opuntia

est herba, etiam homini dulcis, mirumque e folio ejus radicem fieri, ac sic eam nasci», que Gerónimo de Huerta tradujo así: «Cerca de Opunte ay vna yerua llamada opuncia, la qual es tambien dulce para el hombre; y es cosa admirable q̄ de su hoja se haze raiz, y desta manera nace». Y, en nota, añade a la margen izquierda de este texto: «La opuncia en esta Corte se cultiva en los jardines, aunq̄ en el Andaluzia nace por los campos, tiene cada hoja del tamaño y forma de pala con que se juega a la pelota. Lleua sobre ellas el fruto del tamaño de vn medio pepino, lleno de espinillas, q̄ se claua en la mano q̄ llega a cogerla. Lllamanla higuera de las Indias, y comé sus higos para los afectos de la madre»².

Por otra parte mantenía en mi trabajo que la palabra *chumbo* se originaría posteriormente al de *chumbera* como consecuencia de un entrecruzamiento analógico entre *higuera-higo* y *chumbera-chumbo* (cf. págs. 415-416) lo cual quita a *chumbo* el carácter de derivado retrógrado con que lo ven.

Con todas estas noticias y algunas más que, por lo que se ve, no han leído, monté mi hipótesis que seguiré suscribiendo y manteniendo hasta que un crítico o especialista con un armamento científico no tan pobre como el que ahora se nos presenta, me demuestre que estoy equivocado. En cualquier caso lo propuesto por mí nunca dejará de ser un intento de contribuir al esclarecimiento de la etimología del término *chumbera* y de su fruto *chumbo* que el *Diccionario* de Corominas, en sus dos ediciones, declara de «origen incierto».

Creo sincera y honradamente que si todas las «addenda» y «corrigenda» a la excelente obra de Corominas están hechas con el criterio, jaez y estilo empleados en la crítica de mi etimología, el merecido prestigio hasta ahora justamente ganado por ella quedará un tanto merchado. A este respecto es altamente significativo que en el mismo Vol. II (C-F), donde figura *chumbo* no se haya hecho mención a mi trabajo «Sobre la etimología de *chaval*, *chavea*, *chavó*», al que al principio he aludido. Independientemente de que la hipótesis, en él expuesta, sea o no acertada, el olvido se hace más grave en una obra que pretende ser exhaustiva, no ya por haber sido publicado en *RFE*, sino porque aquel mi estudio fue criticado por el gran M. L. Wagner³, y bien que

² Cfr., *Historia Natural de Cayo Plinio Segvndo*, Tomo II, Madrid, 1629, Libro XXI, Cap. XVII, pág. 283.

³ Cfr., *RFE*, XLV, 1962, págs. 305-310.

no me fuera, sin fundamento sólido creo, del todo favorable, hubiera servido para poner al día y enriquecer, al menos con dicha crítica, el artículo que a las mencionadas palabras dedica el *DCECH*.

JOSÉ VÁZQUEZ RUIZ

Catedrático de Lengua y Literatura
Árabes. Facultad de Filología. SE-
VILLA.